

sociedad y la consideración social hacia ellas, al menos desde el punto de vista médico.

Una cuestión no obstante se echa en falta en la transcripción de la obra y es que en ningún lugar se especifica si el original está escrito en castellano o en catalán; una duda razonable que se les plantea a los lectores y aunque parece que se trata de castellano antiguo, el hecho de que el autor sea mallorquín y la obra esté editada en Palma de Mallorca y el manuscrito se encuentre en Zaragoza lleva a la duda. **Magdalena Santo Tomás Pérez** (Universidad de Valladolid).

CIRLOT, V. y GARÍ, B., *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1999, 317 pp.

No es la primera vez que Cirlot y Garí se acercan a la mística femenina medieval, las dos habían escrito antes sobre el tema, aunque no conjuntamente. De B. Garí destaca su aportación sobre Margarita Porete, mientras que V. Cirlot se ocupó de Hildegarda de Bingen. Ahora ambas hacen confluír su mirada vuelta hacia las místicas y visionarias, para ofrecernos un rico panorama sobre ese tema. En general se abstienen, con acierto, de llamar la atención sobre el lado más sórdido, más oscuro, de la vida de esas mujeres, es decir su cultivo del dolor y del exceso penitencial practicado en su búsqueda y ascesis, aunque en ocasiones les resulta inevitable hacer referencia a ello, y otras veces queda claramente reflejado en algunos textos de las biografiadas que se insertan en la obra.

Según manifiestan en el prólogo, la intención de las autoras es “presentarlas a ellas en sus mundos”, “tratar de colocar sus palabras en el lugar que les corresponde”. Sin duda esa es la razón por la que en el libro incluyen, en traducción realizada para la ocasión por ellas mismas, dos espléndidos textos, uno de Beatriz de Nazaret (Los siete modos de amor), y otro de Margarita de Oingt (Página de meditaciones). Por fin completa la obra una selecta bibliografía general, que viene a complementar las propuestas bibliográficas que acompañan a cada biografía, en las que se indica, además de las ediciones de la obra de cada mujer estudiada, los principales trabajos existentes sobre la misma.

Procurando evitar anacronismos, es decir nombrar con conceptos y acepciones actuales la peculiar experiencia de las mujeres medievales sobre las que versa su obra, Cirlot y Garí han buscado, efectivamente, la forma de ubicar en su contexto, en su cultura y su mundo, las palabras, el discurso y actitud de esas mujeres. Para ello parten, primero, de la afirmación de la excepcionalidad de la palabra y la escritura femenina en la Edad Media, y por lo tanto de la ruptura que las obras y las mujeres de las que se ocupan representaron en su momento, por el mero hecho de escribir, y también porque lo escrito es manifestación de una experiencia interior.

En segundo lugar, desde la constatación de la aparente contradicción existente entre una actitud pasiva, propia de quien espera ser vencida, aniquilada por Dios, y lo que supone apropiarse de la escritura para, con un gesto activo y poco usual en una mujer de aquellos siglos, hablar de si mismas, de Dios, de su relación con Dios.

Desde estos presupuestos, y tomando como punto de referencia principal la escritura de las biografiadas, se presentan al lector ocho místicas y visionarias, ocho mujeres cuyos escritos pueden ser considerados como joyas de la espiritualidad occidental, a la vez que manifestaciones de una experiencia mística, muchas veces profundamente poética, y en ocasiones de un elevado nivel teológico: Hildegarda de Bingen (extraordinaria mujer que en el siglo XII supo hacer oír su voz y lograr que se reconociera la revelación que recibió), Hadewijch de Amberes (mujer culta, visionaria y poeta), Beatriz de Nazaret (priora de un monasterio cisterciense, y autora de un tratado sobre la experiencia mística), Matilde de Magdeburgo (que escribió: “temo a Dios cuando callo ... y a los hombres que no comprenden, cuando escribo”), Margarita de Oingt (las imágenes que crea a partir de su meditación pasan a la mística de los siglos siguientes), Ángela de Foligno (que al sentirse abandonada por la presencia divina gritó desconsoladamente en la basílica de Asís), Margarita Porete (cuya obra sobrevivió a pesar del fuego, y todavía hoy impresiona por su grandeza), y Juliana de Norwich (cuya visión de Dios como madre representó, según K. W. Bynum, “una de las más grandes reformulaciones en la historia de la teología”). Un grupo de mujeres que nos pone en contacto con un amplio arco temporal, del siglo XII al XIV, pero que están unidas por un elemento común: todas ellas pusieron por escrito su experiencia, y sus palabras han llegado hasta nuestros días. No obstante se diferencian tres momentos, tres estilos: mientras en el siglo XII, aunque ya hablan en primera persona, la lengua utilizada es el latín, en el siglo XIII, el gran momento de la mística femenina, se usa la lengua vulgar, circunstancia que debe ponerse en relación con los ideales apostólico y de pobreza que las animan, así como con el hecho de vivir fuera de los claustros. Por fin, el siglo XIV conoce, lo mismo que el XV, las actitudes más radicales en lo que se refiere a la escritura, el contenido de la misma, y la vida de estas mujeres.

En todos los casos se trata de una escritura íntima, cuya razón de ser es la voluntad que esas mujeres tienen de conocerse y comprenderse. Es una escritura unida a la esfera de la experiencia, a través de la cual manifiestan, junto a su vivencia mística, la propia existencia de Dios, a cuyo conocimiento llegan de una forma experiencial, a partir de la meditación sobre la pasión de Cristo; meditación que les lleva a adoptar penitencias extremas, prácticas ascéticas que les conducen a las visiones místicas así como a su aniquilación personal en Dios.

Y es una escritura en la que el amor siempre está presente. Esta es la segunda marca de identidad de esta mística femenina medieval, y también otro elemento de transgresión. Muchas de ellas no sólo viven fuera de la “norma”, escriben, lo hacen en lengua vulgar, y además adoptan formas propias de la literatura cortesana, del

amor cortés, de la literatura amorosa laica de los siglos XII y XIII, para manifestar su experiencia, sus deseos y su unión con Dios; esto contribuye a acentuar no sólo su peculiaridad, sino también su peligrosidad para el orden establecido. De ahí la persecución que alguna sufrió, y también su silenciamiento, total o parcial, en los ambientes cultos y religiosos. Pero su fuerza fue tan grande que, afortunadamente, su obra ha llegado hasta hoy.

El libro se inicia con un amplio prólogo en el que se destaca el papel del Císter en su apoyo a los movimientos de mujeres, a pesar de que en 1228, a consecuencia del elevado número de casas femeninas, la orden prohíbe la fundación o incorporación de nuevos centros femeninos. Igualmente se llama la atención sobre el apoyo que estas mujeres, a pesar de todo, recibieron, tal y como se pone de manifiesto en las "vidas" que les escribieron sus contemporáneos varones, y los seguidores, hombres y mujeres, que muchas veces tenían a su alrededor. Pero también sufrieron rechazo y persecución (el caso de Margarita Porete es suficientemente conocido, y puede servir de ejemplo tanto de la persecución como de la constancia y fuerza de estas mujeres), como consecuencia de la amenaza que, desde el punto de vista religioso y social, representaban; no hay que olvidar que practican la especulación intelectual, que son reconocidas como maestras (y por tanto son populares), y que algunas son mujeres que escapan a lo que es habitual en la época al afirmar su autonomía frente al matrimonio o al monasterio, es decir son mujeres que actúan desde la independencia y en ocasiones en un espacio, el público, que no es el que les está reservado.

Tras estas consideraciones generales, las autoras, conocedoras del mundo de la literatura cortesana medieval, de la historia de las mujeres, y en especial de las místicas, nos ofrecen la peripecia místico-vital de las mujeres elegidas. Ocho formas distintas de vivir esa experiencia, ocho biografías reunidas bajo nuestra mirada para mostrarnos, a través de la escritura mística femenina, una forma de ser mujer en la Edad Media. Ocho casos que ponen ante nosotros la gran riqueza poética, la fuerza creadora, y el valor de unas mujeres, que en diferentes momentos y espacios supieron desafiar al orden establecido para hacer oír su voz, para mostrar su propio ser. Místicas que elaboraron sus escritos para enseñar a través de su experiencia. Visionarias cultas que con su obra, vital y escrita, ponen de manifiesto cómo, a pesar de todos los obstáculos, también las mujeres especularon en torno a temas teológicos, y se convirtieron en maestras. Maestras de vida que mostraron el camino a seguir a otras personas, varones y mujeres, en la búsqueda del amor, del conocimiento, de Dios. Mujeres cuya obra, al haberse conservado y salvado del olvido, da nueva actualidad a esa frase tan querida, y característica, de Juliana de Norwich "el pecado es necesario, pero todo acabará bien". **M^a Isabel del Val Valdivieso.**